

LA
VOLUNTAD
DEL
REY

ELEANOR RIGBY

La exitosa novelista erótica Kathleen Priest lleva tres años perdida en el mapa... y nadie sabe por qué. Lo que antes era un derroche de inspiración, se ha convertido en las cenizas de una fama ahora desconocida; todo a raíz de un incidente que le impidió volver a teclear una sola palabra, así como renegar de las relaciones y el amor. Su objetivo de pasar desapercibida trabajando como camarera en un club exclusivo habría sido cosa hecha si el prepotente, ambicioso y rico King Sawyer no hubiera puesto sus ojos en ella.

Él es ese desagradable toque de atención que necesitaba para despertar del letargo, y lo peor es que lo sabe y pretende convertirse en el protagonista de sus fantasías. Pero Kathleen no va a ceder tan fácilmente a los caprichos de la clase de hombre del que huye.

Así comienza un delirante tira y afloja en el que todo juego sucio estará permitido... Incluido el prohibido, el más peligroso de todos: aquel que podría convertir hasta aun rey en el esclavo de sus deseos.

Índice de contenido

Cubierta

La voluntad del rey

Dedicatoria

Cuidado con lo que deseas

Es que King es así

Con la muerte en los tacones

Manic Pixie Dream Girl

El precio del amor

Te vi venir de lejos, Judas

Eres una pesadilla disfrazada de sueño

Entre la espada y la pared

La realidad supera a la ficción

Que empiece el juego

Querer es poder

Like a virgin

Todos los lobos son malos si escuchamos a Caperucita

Las damas primero

Cerrar ciclos

El placer de King

El regalo de la vida

Los feos también lo hacen bien

Prepárate conmigo

Caitlin Mcgrath

Una señal

Capítulo 26

Siempre es tan malo como parece

Cosa de dos

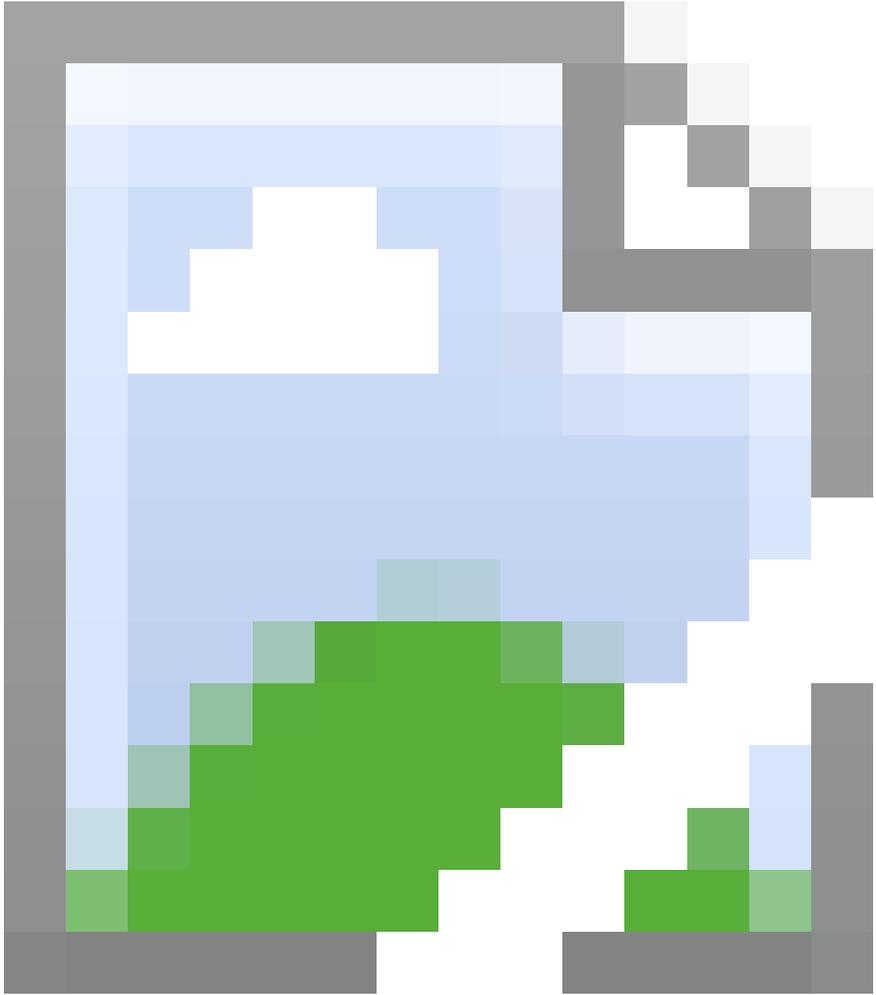
Hablando se entiende la gente

Me too

Capítulo 30

Epílogo

Sobre la autora



*Para vosotras,
especialmente para Fátima*

Cuidado con lo que deseas

Ser amante de las antiguallas empezó a pasarme factura en el momento en que decidí colocar un reloj de péndulo en mi habitación, la que también utilizaba de oficina cuando quería sentarme a escribir. Ese tictac rítmico solo servía para recordarme que, un minuto sentada frente al escritorio, equivalía a sesenta segundos desperdiciados.

Saber que estaba malgastando mis horas delante de la pantalla del ordenador, a la que aún no sabía cómo bajarle el brillo para evitarme la ceguera, me generaba una incomodidad tremenda. Pero me obligaba a quedarme allí, ya fuera porque acababa de despertarme y era demasiado pronto para salir a por un café o porque nunca era tarde para intentarlo otra vez. Intentar recuperar la inspiración.

Así que ahí estaba yo, la vieja gloria Kathleen Priest, tecleando y borrando. Tecleando y borrando. Era la historia interminable. Solo a veces alternaba una larga mirada a la única frase que rellenaba la página en blanco del documento.

Gavin desabrochó mi sujetador con una sola mano. Notaba sus dedos en la espalda.

Cerré los ojos y me concentré en el inexistente más allá de mi cabeza Gavin, intentando asociarle la cara de Tom Holland para no empezar a sudar. Imaginaba su cara de

chico de veinte años, sus manos inexpertas y su sonrisa de «todo saldrá bien», y sí, la ansiedad remitía... Pero no podía pensar en Tom Holland desnudándome y escribirlo como si fuera una experiencia extraordinaria. Desgraciadamente para mi vena artística, los hombres que solían ser mi tipo, o más bien, el hombre que *solía* ser mi inspiración, no podía pasearse por mi cabeza más de dos minutos sin que se me helara la sangre en las venas, y los que ahora insistía, por supervivencia, en que fueran mi tipo... no inspiraban descripciones eróticas.

Mi «yo» poético había muerto sin posibilidad de rehabilitación. Y no iba a ponerme a escribir sobre ángeles y demonios, o sobre vampiros y lobeznos. La fiebre del romance paranormal ya había pasado de moda. La gente quería acción y una buena dosis de sexo.

Y yo solo quería seguir durmiendo, pero necesitaba ingresos extra, y un nuevo pelotazo literario no me vendría mal para recaudar dinero.

Solté un bufido sonoro, aparté el portátil de una pata y estiré brazos y piernas hasta abarcar la cama casi en su totalidad. Era una mujer de extremidades muy largas y, por eso, tenía un colchón más largo y ancho que la media, pero, aun así, sentía que me asfixiaba allí tendida. Me asfixiaban las paredes. Me asfixiaba yo misma.

Regodearme en la miseria no me iba a servir de nada, así que después de cerrar los ojos un momento y, revolcarme con la esperanza de evocar una escena pasional, me levanté y fui a la cocina. Encendí la radio y sintonicé una emisora al azar; la primera que reproducía una canción apropiada para levantarse. Después di una vueltecita pasota por el recibidor.

Como experta sibarita y fanática de las cosas caras, bonitas y brillantes –en ese orden–, pasearme por mi apartamento caro con tres pares de narices siempre me reconfortaba. Por lo menos tenía una bonita guarida para llori-

quear de vez en cuando, lo que siempre era mejor que una fea guarida en la que lloriquear de vez en cuando.

Esa sensación de tranquilidad se evaporó cuando recordé que eso se había acabado. Un piso en el sexto distrito de Dublín, concretamente en el barrio de Rathmines, te podía salir a buen precio si buscabas bien. Pero cuando me independicé podía hacerme un arsenal de bragas con billetes de cien, y acabé creyéndomelo tanto, que busqué a conciencia un casero que se ocupase de atracarme cada mensualidad. Eso hizo hasta que se llevó todos mis ahorros.

Ya no me podía permitir albergar mi culo de la talla veintiséis en el salón con tarima flotante sin compartirlo con alguien, de ahí que invadiera Internet con anuncios desesperados, a los que Sheila Boyd no tardó en responder. Firmé el contrato después de una entrevista breve vía Skype. Uno que determinaba que, a partir de entonces no podría pasearme desnuda por la casa sin temer que me juzgaran por tener las tetas pequeñas.

Mi futura compañera –que llegaría en unas horas, según el reloj– tenía una talla de pantalón más que yo y un múltiplo superior a doce de sujetador. Era toda una diosa voluptuosa de los años sesenta, y yo... una envidiosa más. Viviría con un ataque a mi autoestima. Con esa clase de mujer que haría que me comparase continuamente, porque me recordaría que los palillos de dientes se los metían los hombres en la boca por el compromiso de la higiene y nada más. Y, bueno, yo era ese palillo.

Por otro lado, no me molestaba que los hombres malos no se relamieran conmigo. Al final, los celos hacia alguien más atractivo que yo eran lo de menos. Lo importante era mi paz y cumplir la recomendación de mi psicóloga de incorporarme poco a poco a la vida social. Parecía que la mejor forma de hacerlo era compartiendo baño con alguien. Solo temía que Sheila Boyd pudiera tener de promiscua solo la mitad de lo que tenía de guapa, porque en

ese caso iba a tener montado el gimnasio de sexo en casa. Terrible para mi concentración. Aunque, tal vez, cojonudo para renovar mis ánimos e inspiración.

Si suponía un problema, podría buscar a otra compañera que se adaptara más a mi estilo. Rígida, pasota y no muy por la labor de ejercitar la lengua por aburrimiento. No obstante, siendo aún un personaje más o menos público, recordado por sus tres o cuatro récords de ventas en materia literaria, ya tenía que darme con un canto en los dientes, porque Sheila fuera de esas escasas mujeres que no me atosigarían con preguntas sobre mi falta de compromiso editorial. Nunca pensé que lo diría, pero me alegraba que existieran mujeres que *no* hubieran leído mis libros, y más, que Sheila formara parte de ese grupo. Te daba cierto margen para desenvolverte en tu vida diaria sin que te persiguieran con un «cuándo demonios vas a publicar la continuación de tu saga».

Mientras daba vueltas a cómo complacer a las lectoras –y cómo poner a Gavin a hacer guarradas sin temblar solo de pensarlo–, me hice un café y observé el asombroso desastre en el que consistía el salón. Tuve que reconocer para mis adentros la jodienda de estar obligada a recogerlo todo para impresionar a alguien. En la radio estaba sonando, seguramente de forma irónica, *I Want To Break Free* de Queen. No me costó visualizar el videoclip, en el que los artistas se travestían para hacer las tareas domésticas que yo ya debería haber terminado.

El timbre me libró de la melancolía hacia Freddie Mercury y también de acabarme un café que sabía a cualquier cosa menos a café. Caminé arrastrando los pies hasta la entrada, preguntándome quién diablos tenía la poca vergüenza de plantarse un lunes a las seis de la mañana, en la casa de un ser humano con necesidades primarias como dormir. Descubrí que la susodicha tenía el pelo amarillo y un escote que no dejaba nada a la imaginación.

–¡Hola, compañera! –anunció. Podría haberme caído mal al instante si la presión social no me hubiera obligado a apreciarla. Era eso o tener que dejar el apartamento. Eso o decepcionar a la psicóloga—. No te molesta que haya venido un poco antes, ¿no?

–Unas tres horas antes –concreté—. No me ha dado tiempo a ordenar. Espero que no te importe.

Realmente no me importaba si le importaba. Ya había pagado la primera mensualidad. Estaba salvada durante treinta días incluso si decidía que era demasiado desagradable para su gusto. O si decidía que prefería no decorar la alfombra con los cojines, o tener media sábana bajera fuera del sofá, o las emisoras de música ochentera. O sententera. Siempre he sido muy mala para las fechas.

–¿Quieres algo de beber? –pregunté, yendo a cerrar la puerta. Un pie se interpuso en el camino, y todo lo que acerté a ver fue una corbata lisa que ya me sonaba muy familiar. Sin mirarle la cara, añadí–: No estoy interesada en biblias, compañías telefónicas o aspiradoras, gracias.

Le cerré la puerta en las narices y me acerqué al salón para repetir mi humilde pregunta. Sheila me miraba con sus ojos de *Bratz* –pestañas kilométricas y preciso delineado– como si acabara de contarle un chiste.

–Kathleen, le has dado un portazo en la cara a mi novio.

–¿Cómo?

–Mi novio –repitió—. Viene conmigo.

Parpadeé una sola vez, intentando no dejarme impresionar por la insinuación.

–En esta casa no viven hombres, Sheila. Lo especificué durante la entrevista.

–Y no va a vivir aquí, pero me estaba ayudando con las cajas frágiles. Había cosas que no quería que transportara el camión. No confiaba demasiado en ellos.

Ya. Confiar en especialistas del oficio habría sido absurdo.

—Perdona, entonces. He actuado desde la experiencia. Lo de la venta a domicilio está en auge por la zona, ¿sabes? Vas a tener que andarte con ojo estando por aquí, todos los días viene alguien intentando hablarte de los milagros del Señor...

Me acerqué para abrirle la puerta al relegado, mientras seguía con la cabeza el ritmo de la siguiente canción. Sade entonaba su bonito y seductor *Your Love Is King*. Aquella canción tenía el poder de ponerme de buen humor, pero no de quitarme las ganas de volver a echarme en la cama.

Bostecé al tirar del pomo. Los ojos se me humedecieron lo suficiente para nublar me la visión, tiempo que supe que el invitado invertiría en cruzar el umbral y dejar la caja. No lo hizo. Se quedó allí quieto, tal vez esperando una genuflexión o que le echara la alfombra roja.

Dos parpadeos después me libré de la capa de somnolencia y me di cuenta de, que no era un *tal vez*, sino un hecho. El hombre tenía pose de esperar que dijera algo o diera un aplauso. Tenía esa *clase de expresión* y, además, me miraba fijamente.

Mi cuerpo se activó en el preciso momento en el que asumí que tenía su atención. El desconocido desplazó sus inquietantes ojos azules desde mi cara hasta mis tobillos y desde mis tobillos hasta mi cara. Los hombros se me tensaron por la repentina corriente de electricidad que se enredó en mi estómago. Si no retrocedí instintivamente, fue porque él me inmovilizó con su voz profunda y masculina.

Entonó con ironía y arrogancia su mensaje.

—La quiera o no, le hace falta una Biblia para aprender que una casa decente ha de tener las puertas abiertas a todo el mundo.

Solo Dios sabía, y nunca mejor dicho, cómo conseguí reaccionar.

—Esto no es la iglesia —apunté, mirándolo de hito en hito—, y yo no soy la buena samaritana.

–Eso nos dificultará las presentaciones. –Sin moverse ni cambiar un ápice de expresión, salvo quizá, por la mirada burlona, me tendió la mano—. Soy el cordero de Dios que pone el pecado en el mundo.

No sé por qué estiré el brazo y la estreché con solemnidad después de la payasada que acababa de soltar. Fue lo de menos cuando su roce envió un soplo de oscuro deseo al centro de mi cuerpo.

Le tuve que conceder que había sido sincero reconociendo el asunto del pecado. El tipo no era guapo hasta donde pude fijarme, pero sí escultural. La clase de hombre que hacía honor a la definición en sí misma, con rasgos demasiado marcados, mandíbula prominente y barba oscura. Me sacaba al menos media cabeza. Tenía los ojos azules como el fuego fatuo de la fantasía y una ceja con un gran talento expresivo, que solo arqueada me hizo cómplice de sus pensamientos.

Retiré la mano enseguida, alterada por su manera de recorrer mi cuerpo sensible embutido en un camisón de satén. Carraspeé y procuré que todo pareciese en orden.

–Bienaventurado sea al Reino de los Cielos, cerdo de Dios que pone el pecado en el mundo.

Él tiró la sonrisa a un lado, dándose un aire de hombre malo que me revolvió el estómago.

–Por lo que veo ha merecido la pena portarse bien para llegar hasta aquí.

Me aparté de la puerta y me dirigí a la cocina sin contestar, usando como excusa para mi cobarde retirada que debía quitar la radio. Me sentí como Vito Corleone cuando se presentaron en su casa a pedirle que matara por dinero. Por un lado, ultrajado. Por otro... útil. Necesario.

Extrañamente halagado.

–Las cajas grandes llegan a la hora en la que habíamos quedado, pero King solo tenía este rato libre para ayudarme a transportar las más importantes –decía Sheila—. Es-

pero que no te haya molestado... Si hubiera tenido tu número te habría llamado.

King... ¿King? ¿Quién se llamaba King?

«Your love is King... Crown you in my heart; you're the ruler of my heart».

Él también escuchó el tema de Sade, y decidió interpretarlo a su conveniencia, porque lo vi girarse hacia mí con esa sonrisa sesgada tan arrogante.

–Muy apropiada –apuntó. Tuve que esforzarme para ignorarlo y dirigirme a Sheila.

–No te preocupes. Mi casa es tu casa –le respondí, sin tenerlas todas conmigo. Iba a echar tanto de menos mi preciada soledad...–. El café que hago sabe a mierda, pero si quieres puedes darle una oportunidad.

La voz masculina llegó a la cocina con un rastro de incitación y la extraña sensación de estar siendo observada.

–Yo lo haré.

¿Servir a un hombre atractivo? Bien, eso podía hacerlo. Me coloqué detrás de la encimera y recalenté el café –un completo atentado– y lo removí tranquilamente mientras me preguntaba si me alegraba que Sheila tuviera novio. Eso descartaba la posibilidad de traer a un hombre diferente cada noche, pero no me aseguraba que no fuera de las que gemían como urracas y tenían tan buen fondo que podían no salir de la cama en veinticuatro horas. Tendría que descubrirlo antes de sufrirlo, porque mi horario de sueño era intocable.

En eso pensaba mientras escuchaba murmullos procedentes del salón. Me dio la impresión de que decían mi nombre un par de veces, pero lo deseché enseguida. No parecía que estuvieran teniendo una conversación secreta, o de lo contrario Sheila no habría levantado la voz para decir:

–¡¿Eres la autora de *El yugo del placer*?!

Automáticamente cerré los ojos y lancé un silencioso gemido al viento. Parecía que me había equivocado con